



EL POZO
Y EL
PÉNDULO

Edgar Allan Poe

Edgar Allan Poe

El pozo y el péndulo

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-248-7

Publisher: Vi-Da Global S.A

Copyright: Vi-Da Global S.A

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

*Impia totorum longos hic turba furores,
Sanguinis innocui, non satiata, aloui.
Sospite nunc patria, fracto nunc fumeris antro,
Mors ubi dira fuit vita salusque patent.*

(Cuarteta compuesta para las puertas de un mercado que debía construirse en el emplazamiento del club de los jacobinos en París)

Estaba rendido —extremadamente rendido por aquella larga agonía—; y cuando, por fin, me desataron y me fue dado sentarme, noté que mis sentidos me abandonaban. La sentencia —la terrible sentencia de muerte— fue la última frase distintamente acentuada que hirió mis oídos. Después de ella, el son de la voz de los inquisidores me pareció desvanecerse en el zumbido indefinido de un sueño. Aquel ruido traía a mi alma la idea de una rotación, quizás a causa que en mi imaginación lo asociaba con una rueda de molino. Pero eso no duró sino muy poco tiempo; porque, de pronto, ya no escuché nada. De todos modos, durante algún tiempo todavía vi, ¡pero con qué terrible exageración! Veía los labios de los jueces en sus hábitos negros. Me parecían blancos más blancos que la hoja en que trazo estas palabras —y delgados hasta lo grotesco; adelgazados por la intensidad de la expresión de dureza de inmutable resolución—, de riguroso desprecio del dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino manaban aún de sus labios. Les vi retorcerse en una frase de muerte. Les vi dibujar las sílabas de mi nombre; y me estremecí al sentir que el son no seguía al movimiento. Vi también, durante algunos momentos de horror delirante, la débil y casi imperceptible ondulación de los tapices negros que recubrían las paredes de la sala. Y, entonces, mi vista se fijó en los siete grandes candelabros que estaban colocados encima de la mesa. Primero tomaron el aspecto de la Caridad, y me parecieron como ángeles blancos y esbeltos que tenían que salvarme; pero entonces y de golpe, un ansia mortal invadió mi alma, y sentí cada fibra de mi ser vibrar como si yo hubiese tocado el hilo de una pila voltaica; y las formas angélicas se convertían en espectros insignificantes, con cabezas de llama, y yo veía bien que no podía esperar socorro alguno de ellos. Y entonces se deslizó en mi imaginación, como una rica nota musical, la idea del reposo delicioso que nos espera en la tumba. La idea vino suave, furtivamente, y me pareció que necesité mucho rato para tener de ella una apreciación completa; pero, en el momento mismo en que mi espíritu empezaba a bien sentir y a acariciar aquella idea, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia; los grandes candelabros se redujeron a nada; sus llamas se extinguieron enteramente; el negro de las tinieblas sobrevino; todas las sensaciones parecieron desvanecerse como en una inmersión loca y precipitada del alma en el Reino de Hades. Y el universo ya no fue más que noche, silencio, inmovilidad.

Estaba desmayado; pero, no obstante, no diré que hubiese perdido toda conciencia. Lo que de ella me quedaba no trataré de definirlo, ni siquiera de describirlo; pero, en fin, todo no estaba perdido. En el más profundo sueño, ¡no! En el delirio, ¡no! En el desvanecimiento, ¡no! En la Muerte, ¡no! No todo está perdido ni en la tumba. De otro modo no habría inmortalidad

para el hombre. Al despertarnos del más profundo desgarramiento de la telaraña de algún ensueño. No obstante, un segundo después —tan frágil era quizás aquel tejido— no nos acordamos de haber soñado. En la vuelta del desvanecimiento a la vida hay dos etapas: la primera, es el sentimiento de la existencia moral o espiritual; la segunda, el sentimiento de la existencia física. Parece probable que, si al llegar a la segunda etapa, pudiésemos evocar las impresiones de la primera, encontraríamos en ellas todos los elocuentes recuerdos del abismo transmundano. Y ese abismo, ¿cuál es? ¿Cómo distinguiremos sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que yo he llamado la primera etapa no vienen a la llamada de la voluntad, de todos modos, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser invitados, aunque nos maravillamos de dónde puedan salir? El que nunca se ha desmayado, no es el que descubre raros palacios y caras extrañamente familiares en las brasas ardientes; no es el que contempla, flotantes en medio del aire, las melancólicas visiones que el vulgo no puede percibir; no es el que medita acerca del perfume de alguna flor desconocida, no es aquel cuyo cerebro se extravió en el misterio de alguna melodía que hasta entonces jamás había llamado su atención.

En medio de mis repetidos e intensos esfuerzos, de mi enérgica aplicación a recoger algún vestigio de aquel estado de vacío aparente en que se había deslizado mi alma, hubo momentos en que pensé que lo lograba; hubo cortos instantes, muy cortos instantes, en los que conjuré recuerdos que mi razón lúcida, en una época posterior, me afirmó que no podían referirse más que a aquel estado en que la conciencia parece aniquilada. Esas sombras de recuerdos me presentan, muy indistintamente, grandes figuras que me arrebatában, y, silenciosamente, me transportaban hacia abajo, más hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta el momento en que un vértigo horrible me oprimió a la simple idea del infinito en la bajada. Me recuerdan, también, yo no sé qué vago horror que experimentaba en el corazón por la sola razón de su calma sobrenatural. Luego vino el sentimiento de una inmovilidad súbita en todos los seres cercanos; como si los que me llevaban —¡un cortejo de espectros!— hubiesen traspasado en su descenso los límites de lo ilimitado y se hubiesen detenido, vencidos por el infinito fastidio de su tarea. En seguida, mi alma vuelve a encontrar una sensación de insipidez y de humedad; y, luego, todo no es más que locura, la locura de una memoria, que se agita en lo abominable.

Muy súbitamente volvieron a mi alma sonido y movimiento, el movimiento tumultuoso del corazón, y a mis oídos el ruido de sus palpitaciones. Luego, una pausa en la que todo desaparece. Luego, otra vez, el son, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante que penetra en mi ser. Luego, la simple conciencia de mi existencia. Sin pensamiento; situación que duró mucho tiempo. Luego, muy súbitamente, el *pensamiento*, y un terror espeluznante, y un ardiente esfuerzo de comprender verdaderamente mi estado. Luego, un vivo deseo de recaer en la insensibilidad. Luego, brusco renacimiento del alma y tentativa fructuosa de movimiento. Y, entonces, el recuerdo completo del proceso, de los tapices negros, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desvanecimiento. En cuanto a todo lo que siguió, el más completo olvido; sólo más tarde y con una aplicación enérgica he llegado a recordarlo vagamente.

Hasta entonces no había abierto los ojos y sentía que estaba echado de espaldas y sin ataduras. Extendí mi mano y cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La dejé descansar así durante algunos minutos, esforzándome en adivinar dónde estaba y lo que era de mí. Estaba impaciente por servirme de mis ojos, pero no me atrevía. Temía a la primera ojeada sobre los objetos que me rodeaban. No era que temiese el ver cosas horribles, pero me causaba pavor la idea de no ver nada. A la larga, con una loca angustia de corazón, abrí vivamente los ojos. Mi terrible pensamiento se encontró confirmado. La negrura de la noche eterna me envolvía. Hice un esfuerzo para respirar. Me pareció que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Permanecí

apaciblemente acostado e hice un esfuerzo para ejercitar mi razón. Recordé los procedimientos de la Inquisición, y, partiendo de ahí, me apliqué a deducir mi posición real. La sentencia había sido pronunciada y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. Sin embargo, no me imaginé, ni un solo instante, que yo estuviese realmente muerto. Tal idea, a despecho de todas las ficciones literarias, es totalmente incompatible con la existencia real; ¿pero dónde estaba yo y en qué estado? Yo sabía que los condenados a muerte morían ordinariamente en los autos de fe. Una solemnidad de ese género se había celebrado la tarde misma del día del juicio. ¿Había sido yo reintegrado a mi calabozo para esperar el próximo sacrificio que no debía celebrarse hasta dentro de algunos meses? Ví en seguida que eso no podía ser. El contingente de víctimas había sido inmediatamente requerido; además, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, estaba enlosado, y la luz no estaba excluida del todo.

De golpe, una idea terrible impelió la sangre a torrentes hacia mi corazón, y, durante algunos instantes, recaí otra vez en mi insensibilidad. Al volver en mí, me erguí de un golpe en pie, temblando convulsivamente en cada fibra. Extendí locamente mis brazos encima y alrededor mío, en todas direcciones. No sentía nada; no obstante, temblaba a la idea de dar un paso, tenía miedo de topar con las paredes de mi tumba. El sudor brotaba de todos mis poros y se detenía en gruesas gotas frías sobre mi frente. La agonía de la incertidumbre se hizo a la larga intolerable, y avancé con precaución extendiendo los brazos y mirando con mis ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de sorprender algún débil rayo de luz. Di varios pasos, pero todo estaba oscuro y vacío. Respiré más libremente. Por fin, me pareció evidente que el más terrible de los destinos no era aquel que me habían reservado.

Y entonces, como yo continuaba avanzando con precaución, mil vagos rumores que corrían acerca de los horrores de Toledo se amontonaron mezclados en mi memoria. Se contaban de los calabozos cosas extrañas —yo las había considerado siempre como fábulas—, pero tan extrañas y tan horripilantes que no se podían repetir sino en voz baja. ¿Tenía que morir de hambre en aquel mundo subterráneo de tinieblas, o qué destino, más terrible aún quizá, me esperaba? Que el resultado fuese la muerte, y una muerte de una amargura escogida, yo conocía demasiado bien el carácter de mis jueces para dudarlo; el modo y la hora eran todo lo que me ocupaba y me atormentaba.

Mis manos extendidas encontraron a la larga un obstáculo sólido. Era una pared, que parecía construida de piedras, muy lisa, húmeda y fría. La seguí de cerca, andando con la cuidadosa desconfianza que ciertas antiguas historias me habían inspirado. Esta operación no me dio ningún medio de verificar la dimensión de mi cárcel; porque podía darle la vuelta, volver al punto de donde había partido sin darme cuenta, tanto la pared parecía perfectamente uniforme. Por ese motivo busqué el cuchillo que tenía en el bolsillo cuando me condujeron al Tribunal; pero había desaparecido, porque me habían cambiado las ropas por un vestido de grosera sarga. Tenía la idea de hundir la hoja en alguna pequeña grieta de la mampostería, a fin de comprobar mi punto de partida. La dificultad, no obstante, era bien vulgar; pero, de momento, en el desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Desgarré una parte del dobladillo de mi vestido y coloqué el pedazo en el suelo en toda su longitud y en ángulo recto con la pared. Siguiendo mi camino a tientas alrededor de mi mazmorra, por fuerza tenía que volver a encontrar el trapo al acabar el circuito. Por lo menos, así lo creía; pero no había tenido en cuenta ni la extensión de mi calabozo ni mi postración. El terreno era húmedo y resbaladizo. Anduve vacilando durante algún rato, luego tropecé y caí. Mi extrema fatiga me decidió a permanecer echado, y pronto me sorprendió el sueño.

Al despertarme y al estirar el brazo, encontré a mi lado un pan y un jarro con agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar acerca de esa circunstancia, pero bebí y comí ávidamente. Poco rato después emprendí nuevamente mi viaje alrededor de mi prisión y, con

micho esfuerzo, llegué al harapo de sarga. En el momento en que caí, contaba ya cincuenta y dos pasos, y al emprender nuevamente el paseo, conté cuarenta y ocho más, cuando encontré mi trazo. En todo, pues, eran cien pasos; y suponiendo que dos pasos hicieran una yarda, presumí que el calabozo tenía cincuenta yardas de circuito. Había encontrado muchos ángulos en la pared y, por lo tanto, no tenía modo de hacer conjeturas acerca de la forma del sepulcro; porque no me era posible dejar de suponer que lo era.

No ponía un gran interés en esas búsquedas —con toda seguridad, ninguna esperanza—; pero una vaga curiosidad me incitaba a continuarlas. Abandonando la pared, resolví atravesar la superficie circunscrita. De momento, avancé con una extrema precaución; porque el suelo, aunque parecía hecho de una materia dura, era traidor y pegajoso. A la larga, no obstante, tomé valor y eché a andar con aplomo, tratando de atravesar en línea tan recta como fuera posible. Había avanzado así unos diez o doce pasos aproximadamente, cuando el resto del dobladillo desgarrado de mi vestido se enredó en mis piernas. Lo pisé y caí violentamente de cara.

En el desorden de mi caída, no noté en seguida una circunstancia algo sorprendente que, no obstante, algunos segundos después, y cuando aún estaba extendido, fijó mi atención. Hela aquí: mi mentón reposaba sobre el suelo de la prisión, pero mis labios y la parte superior de mi cabeza, aunque parecían situados a una menor elevación que la barbilla, no tocaban a nada. Al mismo tiempo me pareció que mi frente estaba bañada de un vapor viscoso y que un olor particular de viejos hongos subía hasta mis narices. Alargué el brazo y me estremecí al descubrir que había caído al borde mismo de un pozo circular, del que no tenía, por el momento, medio alguno de medir la extensión. Palpando la mampostería, justo debajo del brocal, logré arrancar un pequeño fragmento y lo dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté oído a sus rebotes; por fin, hizo en el agua una lúgubre zambullida, seguida de ruidosos ecos. En el mismo instante se produjo un ruido encima de mi cabeza, como de una puerta cerrada apenas abierta, mientras que un débil rayo de luz atravesaba súbitamente la oscuridad y se apagaba casi al mismo instante.

Vi claramente el destino que se me había preparado, y me felicité por el accidente oportuno que me salvó. Un paso más y el mundo no me hubiera vuelto a ver. Y aquella muerte evitada a tiempo tenía el mismo carácter que yo había mirado como fabuloso y absurdo en los cuentos que se decían de la Inquisición. Las víctimas de su tiranía no tenían otra alternativa que la muerte con sus más crueles agonías físicas, o la muerte con sus más abominables torturas morales. Yo fui reservado para esta última. Mis nervios estaban distendidos por un largo sufrimiento hasta el punto que temblaba al son de mi propia voz, y me había convertido en un excelente sujeto para la especie de tortura que me esperaba.

Temblando de todos mis miembros, retrocedí a tientas hacia la pared, resuelto a dejarme morir allí antes que afrontar el horror del pozo, que mi imaginación multiplicaba entonces en las tinieblas de mi calabozo. En otra situación de espíritu hubiera tenido el valor de acabar con mis miserias, de un solo golpe, con un salto en uno de aquellos abismos; pero, entonces, era el más perfecto de los cobardes. Y, luego, me era imposible abordar lo que había leído a propósito de esos pozos: que la extinción *súbita* de la vida era una posibilidad cuidadosamente excluida por el genio infernal que había concebido su plan.

La agitación de mi espíritu me mantuvo despierto durante largas horas; pero, por fin, me adormecí otra vez. Al despertarme, encontré a mi lado, como la primera vez, un pan y un botijo de agua. Una sed ardiente me consumía y vacié el botijo de un trazo. Sin duda esta agua estaba envenenada, porque apenas la bebí me amodorré irresistiblemente. Un profundo sueño me invadió, un sueño parecido al de la muerte. Cuánto tiempo duró, no podría saberlo; pero cuando volví a abrir los ojos, los objetos a mi alrededor estaban visibles. Gracias a una claridad singular, sulfurosa, cuyo origen de momento no pude descubrir, pude ver la extensión

y el aspecto de la prisión.

Me había engañado mucho acerca de sus dimensiones. Las paredes no podían tener más de veinticinco yardas de circuito. Durante algunos minutos ese descubrimiento fue para mí una inmensa turbación; turbación muy pueril, en verdad, porque, en medio de las circunstancias terribles que me rodeaban, ¿qué podía haber de menos importancia que las dimensiones de mi prisión? Pero mi alma ponía un interés extraño en simplezas y me aplicaba con fuerza a darme cuenta del error que había cometido en mis medidas. Por fin, la verdad se me apareció como un relámpago. En mi primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento en que caí; tenía que estar entonces a un paso o dos del pedazo de sarga; de hecho, casi había recorrido todo el circuito de la sepultura. Me dormí entonces, y, al despertarme, debí volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del circuito real. La confusión de mi cerebro me había impedido notar que había comenzado mi vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba con la pared a mi derecha.

Me había también engañado por lo que concernía a la forma del recinto. Palpando mi ruta, había encontrado muchos ángulos y de ello había deducido la idea de una gran irregularidad; ¡de tal modo es potente el efecto de una oscuridad total sobre alguien que sale de un letargo o de un sueño! Esos ángulos eran simple producto de algunas ligeras depresiones o huecos a intervalos desiguales. La forma general del calabozo era un cuadrado. Lo que había tomado por mampostería parecía entonces de hierro, o de algún otro metal, en láminas enormes cuyas suturas y junturas ocasionaban las depresiones. La superficie entera de aquella construcción metálica estaba groseramente pintarrajeada con todos los emblemas horrorosos y repulsivos a que ha dado origen la superstición sepulcral de los monjes. Figuras de demonios con aire de amenaza, con formas de esqueletos, y otras imágenes de un horror más real ensuciaban las paredes en toda su extensión. Observé que los perfiles de aquellas monstruosidades eran suficientemente distinguibles, pero que los colores estaban marchitos y alterados, como por el efecto de una atmósfera húmeda. Noté entonces el suelo, que era de piedra. En el centro se abría el pozo circular, de cuyas fauces me había salvado; pero no había más que uno en la mazmorra.

Vi todo eso no muy claramente ni sin esfuerzo, porque mi situación física había cambiado singularmente durante mi sueño. Ahora estaba tendido de espaldas, tan largo como era, en una especie de armazón de madera muy baja, y sólidamente atado a ella con una larga faja que parecía una cincha. Ésta se enroscaba varias veces alrededor de mis miembros y de mi cuerpo, y no me dejaba en libertad sino mi cabeza y mi brazo izquierdo; pero tenía que hacer un esfuerzo de los más penosos para procurarme el alimento contenido en un plato de barro puesto a mi lado sobre el suelo. Observé con terror que se habían llevado el botijo. Digo con terror, porque me devoraba una sed intolerable. Me pareció que entraba en el plan de mis verdugos el exasperarme a causa de aquella sed, porque el alimento contenido en el plato era una carne cruelmente sazonada.

Levanté la vista y examiné el techo de mi prisión. Estaba a una altura de treinta o cuarenta pies y, por su construcción, se parecía mucho a los muros laterales. En uno de sus paneles, una figura de las más singulares atrajo toda mi atención. Era la figura pintada del Tiempo, como es representada de ordinario, salvo que en vez de una guadaña tenía un objeto que al primer golpe de vista tomé por la imagen pintada de un enorme péndulo, como los que se ven en los relojes antiguos. De todas maneras, en el aspecto de aquella máquina, había algo que hizo mirarla con más atención. Como yo la observaba directamente, con la mirada hacia arriba —porque estaba colocada justo encima de mí—, creí ver que se movía. Un instante después se confirmó mi idea. Su balanceo era corto, y, naturalmente, muy lento. Lo observé durante algunos minutos, no sin cierta desconfianza, pero, sobre todo, con sorpresa. Fatigado a la larga de vigilar su movimiento fastidioso, dirigí la mirada a los otros objetos de la celda.

Un ligero ruido llamó mi atención y, mirando al suelo, vi algunas enormes ratas que lo atravesaban. Habían salido del pozo que podía observar a mi derecha. En el mismo instante en que las miraba, subieron por grupos, aprisa, con ojos voraces, engolosinadas por el olor de la carne. Necesité muchos esfuerzos y mucha atención para apartarlas de ella.

Podía bien haber transcurrido una media hora, quizás una hora —porque yo no podía medir el tiempo sino muy imperfectamente—, cuando levanté otra vez la mirada encima de mí. Lo que vi entonces me confundió y me causó estupefacción. El recorrido del péndulo se había acrecentado casi una yarda; su velocidad, como consecuencia natural, era también mucho mayor. Pero lo que me turbó principalmente fue la idea que había *descendido* visiblemente. Observé entonces —es inútil decir con qué terror—, que su extremidad inferior estaba formada por una media luna de acero resplandeciente, que tenía cerca de un pie de largo de punta a punta; las puntas dirigidas hacia arriba y el tajo inferior evidentemente afilado como el de una navaja de afeitar. Como una navaja de afeitar, también, parecía pesada y maciza, dilatándose, a partir del filo, en una forma ancha y sólida. Estaba ajustada a una pesada pértiga de cobre, y el todo *silbaba* al balancearse a través del espacio.

Ya no podía tener más dudas acerca de la suerte que se me había preparado con la atroz ingeniosidad monacal. Mi descubrimiento del pozo fue adivinado por los agentes de la Inquisición —¡el *pozo*, cuyos horrores habían sido reservados para un herético tan temerario como yo!—; ¡el *pozo*, imagen del infierno y considerado por la opinión como la *Última Thule* de todos sus castigos! Había evitado la inmersión por el más fortuito de los accidentes, y sabía que el arte de hacer del suplicio una trampa y una sorpresa formaba una rama importante de todo aquel fantástico sistema de ejecuciones secretas. Ahora bien, habiendo escapado de mi caída en el abismo, no entraba en el plan demoníaco el precipitarme en él; estaba, pues, destinado —y esta vez sin alternativa posible— a una destrucción diferente y más suave! ¡Más suave! Casi sonreí en mi agonía al pensar en la singular aplicación que hacía de tal palabra.

¿Sirve de algo explicar las largas, largas horas de horror más que mortales, durante las cuales conté las oscilaciones vibrantes del acero? Pulgada por pulgada, línea por línea, operaba un descenso graduado y solamente apreciable a intervalos que me parecían siglos. ¡Y seguía bajando y seguía bajando; cada vez más bajo, cada vez más bajo!

Transcurrieron días —es posible que transcurrieran muchos días— antes que llegara bastante cerca de mí para abanicarme con su sople acre. El olor del acero afilado se introducía en mi nariz. Rogué al cielo —lo fatigué con mi plegaria— que hiciera descender el acero más rápidamente. Me volví loco, frenético, y me esforcé por incorporarme, por ir al encuentro de aquella terrible cimitarra oscilante. Y luego, de súbito, caí en una gran calma, y permanecí tendido, sonriendo ante aquella muerte centelleante como un niño a un juguete precioso.

Se produjo un nuevo intervalo de perfecta insensibilidad; intervalo muy corto, porque, al volver a la vida, no encontraba que el péndulo hubiese descendido una cantidad apreciable. Pudiera bien ser que ese tiempo hubiese sido largo, porque estaba consciente que había demonios que tomaron nota de mi desmayo, y que podían detener la oscilación a su voluntad. Al volver en mí, experimenté un malestar y una debilidad —¡oh, inexpresables!— como consecuencia de una larga inanición. Aun en medio de las angustias que sentía, la naturaleza humana imploraba su alimento. Con un penoso esfuerzo, alargué mi brazo izquierdo tan lejos como me lo permitieron mis ligaduras y me apoderé de un pequeño resto que las ratas quisieron dejarme. Mientras llevaba una parte a mis labios, un informe pensamiento de alegría —de esperanza— atravesó mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre *yo* y la esperanza? Era, digo, un pensamiento informe; el hombre los tiene a menudo y no son completados. Sentí que era un pensamiento de alegría, de esperanza; pero sentí, también, que era muerto al nacer. En vano me esforcé por completarlo, por alcanzarlo. Mi largo sufrimiento

había casi aniquilado las facultades ordinarias de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo tenía lugar en un plano que formaba ángulo recto con mi largura. Vi que la media luna estaba dispuesta para atravesar la región del corazón. Rasgaría la sarga de mi vestido, luego volvería y repetiría la operación, otra vez, y otra. A pesar de la terrible dimensión de la curva recorrida (algo así como treinta pies, o quizás más) y la vibrante energía de su tajada, que habría sido suficiente para cortar hasta murallas de hierro, en suma, todo lo que podía hacer, por algunos minutos, era rasgar mi vestido. Y con este pensamiento hice una pausa. No me atrevía ir más lejos que esa reflexión. Me apoyé en ella con una atención obstinada, como si, con esa insistencia, pudiese detener *allí* el descenso del acero. Me apliqué a meditar acerca del son que produciría la media luna al pasar a través de mi vestido, acerca de la sensación particular y penetrante que el frotamiento de la tela produce en los nervios. Medité acerca de todas esas futilidades hasta que sentí dentera.

Más bajo —más bajo aún—, se deslizaba cada vez más hacia abajo. Sentía un placer frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. ¡A derecha; a izquierda; y luego, huía lejos, lejos; y luego, volvía con el chillido de un espíritu condenado! ¡Hasta mi corazón, con el avance furtivo del tigre! Yo reía y aullaba alternativamente, según me dominaba una y otra idea.

¡Más bajo, invariablemente más bajo! ¡Vibraba a tres pulgadas de mi pecho! Me esforcé violentamente, furiosamente, para liberar mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Podía mover mi mano desde el plato que estaba a mi lado hasta mi boca, con un gran esfuerzo, y nada más. Si hubiese podido romper las ataduras por encima del codo, hubiera agarrado el péndulo y hubiera tratado de detenerlo. ¡Habría igualmente tratado de detener una avalancha!

¡Cada vez más bajo! ¡Incesantemente, inevitablemente más bajo! Respiraba dolorosamente, y me agitaba a cada oscilación. Me empequeñecía convulsivamente a cada balanceo. Mis ojos lo seguían en su vuelo ascendente y descendente con el ardor de la desesperación más insensata; se cerraban espasmódicamente en el momento de la bajada, aunque la muerte hubiese sido un alivio —¡oh, qué indecible alivio!—. Y, no obstante, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaba con que la máquina descendiera una muesca para hendir sobre mi pecho aquella hacha afilada, resplandeciente.

Era la *esperanza*, la que hacía temblar mis nervios así, y contraerse todo mi ser. Era la *esperanza* —la esperanza que triunfa hasta en el cadalso—, que cuchichea al oído de los condenados a muerte, hasta en las mazmorras de la Inquisición.

Vi que diez o doce vibraciones aproximadamente pondrían al acero en contacto inmediato con mi vestido, y con esta observación entró en mi espíritu la calma aguda y condenada de la desesperación. Por primera vez desde hacía muchas horas —desde hacía días quizá yo pensaba—, me vino la idea que la faja o cincha que me envolvía era de una sola pieza. Estaba atado por una ligadura continua. El primer corte de la cuchilla, de la media luna, en una parte cualquiera de la cincha, tenía que soltarla suficientemente para permitir a mi mano izquierda el desenvolverla alrededor de mí. ¡Pero cuán terrible se haría en ese caso la proximidad del acero! ¡Y el resultado de la más ligera sacudida, mortal! ¿Era acaso verosímil que los ayudantes del verdugo no hubiesen previsto y evitado esa posibilidad? ¿Era probable que la faja atravesara mi pecho según el recorrido del péndulo? Temblando de ver frustrada mi débil esperanza, verosimilmente la postrera, levanté lo suficiente la cabeza para ver bien mi pecho. La cincha envolvía estrechamente mis miembros y mi cuerpo en todos los sentidos, *excepto en el del plano de la media luna homicida*.

Apenas dejé caer otra vez mi cabeza en su primera posición, sentí brillar en mi espíritu algo que no podría definir mejor sino como la mitad no formada de aquella idea de liberación que ya he hablado y de la que sólo una mitad había flotado en mi cerebro, cuando llevé el alimento

a mis labios ardientes. La idea entera estaba ahora presente, débil, apenas viable, apenas definida, pero, al fin, completa. Me puse inmediatamente, con la energía de la desesperación, a tratar de ejecutarla.

Desde hacía varias horas, en la vecindad inmediata del catre en que estaba echado pululaban literalmente las ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces; sus ojos rojos, dirigidos hacia mí, como si no esperaran más que mi inmovilidad para hacerme su presa. ¿A qué alimento —pensé— se han acostumbrado en el pozo?

Salvo un pequeño resto, habían devorado, a pesar de todos mis esfuerzos por impedirlo, el contenido del plato. Mi mano había contraído un hábito de vaivén, de balanceo hacia el plato y, a la larga, la uniformidad maquinales del movimiento le había sustraído toda su eficacia. En su voracidad, aquella plaga clavaba a menudo sus dientes agudos en mis dedos. Con los pedazos de la carne oleosa y sazonada que aún quedaba, frotaba con fuerza la faja por todas las partes que podía alcanzar luego, retirando la mano del suelo, permanecí inmóvil y sin respirar.

De momento, los voraces animales quedaron sorprendidos y asustados por el cambio, del cese del movimiento. Se alarmaron y huyeron; muchas volvieron al pozo, pero eso sólo duró un instante. Yo no había contado en vano con su glotonería. Observando ellas que yo permanecía quieto, una o dos de las más atrevidas treparon al catre y husmearon la cincha. Ello me pareció el indicio de una invasión general. Tropas frescas se precipitaron fuera del pozo. Se aferraron a la madera, la escalaron y saltaron por centenares sobre mi cuerpo.

El movimiento regular del péndulo no les asustaba lo más mínimo. Lo evitaban a su paso y trabajaban activamente sobre la faja untada de aceite. Se apretaban, pululaban y se amontonaban incesantemente sobre mí; se retorcían sobre mi garganta; sus labios fríos buscaban los míos; estaba sofocado a medias por su peso multiplicado; una repugnancia para la que no hay nombre en el mundo, soliviantaba mi pecho y me helaba el corazón como un vómito pesado. Un minuto más, y sentía que la horrible operación estaría terminada. Sentía positivamente el aflojamiento de la faja; sabía que ya debía estar cortada por más de una parte. Con una resolución sobrehumana, permanecí *inmóvil*.

No me había equivocado en mis cálculos, no había sufrido en vano. A la larga sentí que estaba libre. La cincha colgaba a jirones alrededor de mi cuerpo; pero el movimiento del péndulo atacaba ya a mi pecho; había hendido la sarga de mi vestido; había cortado la camisa de abajo; hizo aún dos oscilaciones, y una sensación de dolor agudo atravesó todos mis nervios. Pero había llegado el instante de la salvación. A un gesto de mi mano, mis libertadores huyeron tumultuosamente. Con un movimiento tranquilo y resuelto, prudente y oblicuo, lentamente y aplanándome, me deslicé fuera de la atadura de la cincha y del alcance de la cimitarra. ¡Al menos, por el momento, *estaba libre!*

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición!

Apenas había salido de mi camastro de horror, apenas había dado algunos pasos sobre el suelo de mi prisión, que el movimiento de la máquina infernal cesó, y la vi atraída por una fuerza invisible a través del techo.

Lección fue, esa, que arrancó toda esperanza de mi corazón. Todos mis movimientos, indudablemente, eran espías. ¡Libre! No me había escapado de la muerte en una especie de agonía, sino para ser entregado a algo peor que la muerte en alguna otra especie. Pensando en ello miraba convulsivamente las paredes de hierro que me rodeaban. Algo singular, un cambio que, de pronto, no pude apreciar distintamente, se produjo en la cámara, era evidente. Durante algunos minutos de una distracción llena de sueños y de escalofríos me extravié en vanas e incoherentes conjeturas. Entonces me di cuenta, por primera vez, de la luz sulfúrea que iluminaba la celda. Provenía de una hendidura ancha, aproximadamente de una media pulgada, que se extendía alrededor de la prisión en la base de las paredes, que parecían así, y lo estaban, en efecto, completamente separadas del suelo. Traté, pero en vano, como puede

pensarse, de mirar por aquella abertura.

Cuando me incorporaba descorazonado, el misterio de la alteración de la cámara se reveló de un golpe a mi inteligencia. Había observado que, bien que los contornos de las figuras murales fuesen suficientemente distinguibles, los colores parecían alterados e indecisos. Esos colores acababan de tomar y tomaban a cada instante un brillo sorprendente y muy intenso, que daba a aquellas figuras fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiese hecho estremecer nervios más sólidos que los míos. Ojos de demonios, de una vivacidad feroz y siniestra, me asestaban sus miradas desde mil lugares, desde donde primitivamente no sospechaba que hubiese ninguno, y relucían con el brillo lúgubre de un fuego que yo quería absolutamente, pero en vano, mirar como imaginario.

¡*Imaginario!* ¡Me bastaba respirar para atraer a mi olfato el vapor del hierro caldeado! ¡Un olor sofocante se esparcía por la prisión! ¡Un ardor más profundo se fijaba a cada instante en las miradas asestadas a mi agonía! ¡Un tinte más rojo se extendía sobre aquellas pinturas de sangre! ¡Estaba jadeante! ¡Respiraba con esfuerzo! ¡No quedaban dudas acerca de los propósitos de mis verdugos! ¡Oh, los más despiadados! ¡Oh, los más demoníacos de los hombres! Retrocedía lejos del metal ardiente hacia el centro del calabozo. Ante aquella destrucción por el fuego, la idea del frescor del pozo se presentó a mi alma como un bálsamo. Me precipité hacia sus bordes mortales. Tendí mis miradas hacia el fondo. El brillo de la bóveda inflamada iluminaba sus más secretas cavidades. De todos modos, durante un instante de extravío, mi espíritu se negó a comprender el significado de lo que veía. Por fin, ello entró en mi alma, por fuerza, victoriosamente; se imprimió con fuego en mi razón temblorosa. ¡Oh, una voz, una voz para hablar! ¡Oh, horror! ¡Oh, todos los horrores, excepto ese! Con un grito me lancé lejos del brocal, y, escondiendo mi rostro entre mis manos, lloré amargamente.

El calor aumentaba con rapidez pavorosa, y una vez más levanté la vista, estremeciéndome como en un acceso de fiebre. Un segundo cambio había tenido lugar en la celda, y ahora ese cambio era evidentemente de *forma*. Como la primera vez, en vano traté de apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no se me dejó mucho rato en la duda. La venganza de la Inquisición iba a gran velocidad, desviada, dos veces por dicha mía, y ya no se podía jugar más con el Rey de los Espantos. La cámara había sido cuadrada. Me di cuenta que dos de sus ángulos de hierro eran entonces agudos; dos, por lo tanto, obtusos. El terrible contraste aumentaba rápidamente, con un fragor, un gemido sordo. En un instante, la cámara había cambiado su forma a la de un rombo. Pero la transformación no se detuvo ahí. No deseaba, no esperaba que se detuviera. Hubiese aplicado los muros rojos contra mi pecho, como una vestidura de paz eterna.

¡La muerte — me dije —, no importa qué muerte, excepto la del pozo!

¡Insensato! ¿Cómo no había comprendido que era *necesario* el pozo, que *sólo* el pozo era la razón del hierro ardiente que me asediaba? ¿Podría resistir a su ardor? Y, aun suponiéndolo, ¿podría resistir a su presión?... Y ahora, el losange se aplanaba, se aplanaba, se aplanaba con una rapidez que no me dejaba tiempo para reflexionar. Su centro, situado en la línea de su mayor anchura, coincidía justo con la abertura del abismo.

Traté de retroceder, pero las paredes, estrechándose, me apretaban irresistiblemente. Por fin, vino un momento en el que mi cuerpo, quemado y contorsionado, encontraba apenas su sitio, en que apenas había lugar para mi pie en el suelo de la prisión. Ya no luchaba, pero la agonía de mi alma se exhaló en un grande y largo grito supremo de desesperación. Sentí que vacilaba en el borde, volví la mirada...

Pero, ¡he ahí como un ruido discorde de voces humanas! ¡Una explosión, un huracán de trompetas! ¡Un potente rugido como el de un millar de truenos! ¡Los muros de hierro retrocedieron precipitadamente! Un brazo extendido agarró el mío cuando yo caía, desfallecido, hacia el abismo. Era el brazo del General Lasalle. El ejército francés había

entrado en Toledo. La Inquisición estaba en manos de sus enemigos.

FIN